

JUAN JOSÉ MACÍAS

LA MEIGA
Y EL TROVADOR

HISTORIA NUEVA Y VERDADERA
DEL POETA BAJOMEDIEVAL
MACÍAS EL ENAMORADO

NOVELA SOBRE EL AMOR PURO



taberna libraria editores

Sabe Dios, a fe, por medio de qué ensalmos o hechizos Macías despertó la sobretarde de ese mismo día de su ascenso a la cordillera, en uno de los caseríos de la Calle del Sol, en la villa cristiana del Padrón, y más exactamente sobre uno de los ocho jergones habidos en el sobrado del caserío. La vivienda, hecha de tapial, se componía de una casa-puerta, e ítem ende luego un portal, linde la puerta del corral, y en el portal una escalera y encima un sobrado; e ítem ende luego en el corral, donde corrían algunas culecas y capones, un pozo con un arco de canto encima; e ítem yendo adelante la porqueriza, linde a la izquierda el establo con una vaca lechera y un mulo viejo, y a la derecha el *necesario*, linde un cuarto desolado donde al día siguiente seis de las habitadoras, con asaz regocijo y harta bulla y trisca, instalaron a Macías, haciéndole cama con bancas y tablas y un jergón. A ciencia nunca supo Macías cómo pudo haber llegado ahí, a pesar que una de las dueñas, una casi niña, apartada de las otras le adujo ser ayudada por dos labriegos forzudos y amables que andaban en busca de liebre para la cena, so disgusto y consecuente castigo por parte de su Señor. Pero Macías, que no era para nada corto de entendederas, se preguntaba qué tan de prisa pudieron haber caminado los labriegos para bajarlo hasta donde entonces se encontraba. La villa se ubicaba del tal punto de la colina a más de tres millas, siguiendo un camino granítico y serpenteado, ende luego rudo, tosco y grosero, abierto entre la tierra fértil del bosque. Y es que, para Macías, no bien había pasado un cuarto de hora de haber perdido

el conocimiento o bien caído en un sueño profundo venido a volandas, acaso no más por el cansancio que por el ayuno, pues que descansado estaba luego de varias horas de remontar la escarpada. Y se decía, y más a ella le aduciría horas más tarde, que ni con mucho con ayuda de mulo o caballo brioso sobre una calzada romana, pues que las hay pero en la sierra de Gredos, y entonces vaya a saber el Cristo de la Buena Muerte cómo, con qué artificios, si no es que con la ayuda del Malo, y con qué fines una lánguida doncella pudo llevarlo cuesta ayuso por camino pedregoso o por verdura lienta, hasta subirlo a un sobrado y sobre un almadrake relleno de paja. Pero ella contestábale nerviosa, apretujándose una mano con la otra, que viéndolo dormido y sin trazas de despertar, pues que lo intentó ella zarandeándole, que con el único fin de no dejarlo pasar la noche al raso en un bosque, en el que otrosí de erizos con más agujas que un alfiletero de bruja, no le fueran a pinchar, había lobos hambrientos, no le fueran a comer, y aojadoras, no le echaran mal de ojo, y lo que es peor: habían también meigas-chuchonas, no le fueran a chupar la sangre. En fin que Macías por de pronto aceptó las tales explicaciones y los tales fines, arrebuñado con la pobra ropa de cama, y con una tovilla pringosa de vaya a saber qué ungüentos doblada sobre la frente. Lo que no aceptó fue la hospitalidad ofrecida para el resto de la noche por parte de la casi niña, maguer le dieron las mil, quedándose no sólo esa noche, sino que seis más con sus días, al amor del fuego del hogar de la dicha damisela, intrigado por su extraña belleza y a la par por la historia que ella, atormentada, iracunda y a veces divertida, por retenerlo y dominar su silencio acabaría por contarle. Una historia que a Macías pareció de lo más alunada, chiflada, por basarse en cómo la madre y las hermanas de la casi niña la tenían a ésta

por muerta, no pudiendo conocer ninguna que la hermosa niña estaba más cercana a ellas que las fullerías a las que eran dadas, o que su propia sombra.

Cuatro meses después de la escena última descrita, luego de las justas oficiadas a propósito del cumpleaños del ya por entonces su protector don Enrique de Villena, y no repuesto todavía por ignorar cómo, de qué forma había llegado a la casa de la habitadora de la Calle del Sol, esta historia estaría contando al de Villena, a quien los nobles y villanos lo sabían poeta, filólogo, astrólogo y alquimista, y de haber estudiado, ¡Dios nos proteja!, artes nigrománticas con el mismísimo Diablo en la Cueva de Salamanca. Y quizá por esto último, sabiéndolo Macías, fue que habría de referírsela a don Enrique; y más por eso que por lo que el marqués a Macías muy bullero le emplazaba.

Se lo contó la noche de un jueves del mes de septiembre en la taberna de la localidad andaluza de Arjonilla, luego que el marqués le demandara aventuras con mujeres perdularias. Y es que el marqués se las daba por toda la Corona, sovoz de la marquesa doña María de Albornoz, de gran putero, y más ya luego esa noche de abrir las espitas de los toneles del vinillo aloque del que, alardeaba don Enrique, «un florín costaba cada gota», y de echarse al colete un tanto de la ensalada, del salpicón y de la morcilla «ilustre y rica» que mucho le placía al de Villena, pues que «la traidora morcilla pica, cual debe, pues lleva especias».

Corría pues la noche por los regatos, las torrenteras y las calles de Arjonilla, villa ligada a la Orden de Calatrava desde los tiempos de Fernando III, quien otorgaría a la orden militar y religiosa las fortalezas de Martos con todos sus términos, incluidas las villas de Porcuna y Víboras, al par que 20

yugadas de heredad para la villa de Arjona. Y dentro, en la taberna, ubicada no muy lejos del castillo, pues que es bueno tener la taberna por vecina, la gran melena del «marqués», así conocido aunque ya no lo fuera, flotaba como si galerna hubiere, al parejo que los humos del vino en su sesera, cada vez que al alzar el pichel para brindar brincaba don Enrique, como si a tal viniera el moro con su alfanje.

Bajo de estatura, tenía que dar de brincos para hacerse notar entre sus vasallos, a los cuales más que infligirles respeto daba miedo por sus consabidas prácticas alquimistas. E ítem más por su fealdad, porque el marqués era feo, feote, pues narilongo era más que un judío, dueño de unos labios tudescos que en vano intentaba cubrir el cardado bigote, ojos pequeños pero vivaces de modo asemejo a los de una rata, y pobladas cejas que no ocultaban del todo el tupé bien recortado como por la espada de un verdugo sobre el tajo, que le caía sobre la frente, lacio y redondo el tupé al par que la melena llevada más abajo del grande cuello de lechuguilla.

Feote, pues, era don Enrique, empero muy amador entre las damas, ayas y sobre todo guisanderas del palacio, pues que mucho le placía las artes de la cocina. Muy popular entre los villanos y comarcanos, incluyendo asaltantes, asesinos, pidedineros y otras gentes culeras. Nada fiero entre caballeros y escuderos, pero sí muy notorio entre trovadores, juglares y poetas, pues que poeta era, y mecenas. Y tras de haber escrito *Los dotze treballs de Hèrcules*, otrosí de su *Tratado del arte de cortar del cuchillo* o *Arte cisoria*, y su *Tratado de aojar* o *Fascinología*, libro éste que ya le causaba problemas con los estamentos intelectuales y religiosos más ortodoxos, también se había ganado la nombradía de sabio entre los sabios, amén de culto y de hombre de letras entre los miceres de la corte, condes, duques, alcaides, veinticuatro, y otra gente de la nobleza y la realza.

Y, en efecto, a causa de su *Tratado de aojar*, libro poco leído pero mucho discutido entre los obispos y prestes muy escrupulosos y dogmáticos, que otrosí lo tenían por hereje y por cátaros que es lo mismo, el de Villena, en el decir de sus más cercanos donceles y escuderos, cuando dormía sus ojos velaban, pues que los mantenía abiertos, no lo fueran a matar.

Pues bien, que estando en esas guisas, y demandándole el Marqués aventuras amorosas a Macías, éste un tanto pimpo pero sin perder del todo la cordura, comenzó por referirle la cantaleta de aún no saber cómo, de qué modo hubo despertado —muy atolondrado a las primeras por cierto— de pronto en un jergón que no se ajustaba del todo a la moldura de su cuerpo. Y díjole que creyó en principio estar en sus propios aposentos, pero que ya despabilado, y oyendo a mujeres muy voceras, supo presto que se equivocaba.

Díjole también al marqués, que entretanto permaneció en el tal aposento, pues que se sentía muy mareado y hartito desconcertado, tuvo un extraño presentimiento que le venía de los mismos mesenterios, pero que él confundió con un recargazón en el estómago, maguer no había probado alimento durante todo el día.

Y más dijo y más todavía, porque siendo muchas las del holgorio, otra, aparte, hacía más ruido con su forma de callar; es decir con su silencio, no obstante éste no la dejara mostrarse plenamente frente a él. Se trataba, Dios y los ojos de san Tiburcio Vidente lo sabían, de doña Arminda o de quien haya dicho ella misma que fuere sin que él hubiérselo preguntado. Una casi niña que no se le había separado un solo momento de donde yacía, no obstante él no la mirara, no la pudiera ver por sabe Dios qué sortilegio. Pero que, en tanto ella habló, fue como si viniera a volandas hacia él, se le apareciera súbita, manque siempre había sentido, por ex-

traño que parezca, su presencia, a la que relacionaba con un olor a moho y residuos vegetales que le producía mucha tristeza. Y que fue una aparición prodigiosa de modo asemejo a las de la Virgen María, adempéro con llamada al mundo de los placeres; placeres éstos que los curas, nuncios, prelados y prestes llaman fermentidos, maguer nadie ignoraba que los practicaban.

Y más se descubrió extrañado por el holgorio que levantaban las bulleras en la campa trasera y otros lugares del caserío: acaso barriendo una acá, removiendo el polvo de los esteros dos allá, sacando la paja tres acullá; jaleo que ponía a la total vivienda aparejada como si viniera el Rey.

—Y hasta creo que oí que alguna mataba los capones, como si fiesta hubiere. Y a ver, vive Dios... pero antes de decir lo que habrá que explicar sobre este particular, es menester aprestar lo previo para mejor entendimiento —así se lo adujo al de Villena tras espantar Macías los moscos del tonel «pues que beben —se lo dijo también— más que cualquiera de nosotros todos, tozudos y tudescos moscos».

—¡Ea!, verdad que sois un poeta —le espetó el marqués, alzando el pichel en ejemplo hacia los ahí reunidos, para recibir de éstos mucha algazara al levantar los propios y batiros unos contra los otros.

Y fue luego que Macías explicó al marqués que doña Ximina, que así se llamaba, según escuchó, la progenitora de la casi niña, había cocinado para él caldo de gallina, pero que a él le había parecido más bien pócima para desanimados en los menesteres conyugales, pues tan pronto descubrir la belleza increíble de doña Arminda, no obstante de parecerle muy menuda y muy lambrija, quiso el diablo o sabe Dios quién o qué, que se le alterara la sesera, y presto le naciera el deseo de hurgarle por debajo de la saya, de quitarle los arreos, desbaratarle los justillos, pero que se contuvo como

todo caballero, maguer fuera muy natural tomar labriega en cualquier momento un noble. Y que le vino sofoco por el deseo, al par que pasmo, y fue entonces que al verlo ella en esas guisas le sonrió, como acaso hacen los ángeles o las nin-fas de los bosques, o esas deidades peregrinas que inspiraban a Numa Pompilio a sus resoluciones, y adivinó por ello que estaba bien dispuesta a dejarse a hacer entre las piernas, en tanto su madre y hermanas se ocupaban de las ya dichas faenas.

—¡Oh, la virgen!, ¿y luego?, ¿qué hicisteis vos? Vamos, ¡sus!, contadme, que mucho habéis ya demorado el negocio —demandó el marqués con sobrada exigencia, sin dejar de beber y de yantar, prestando oídos sordos a otras voces que también pedían de su atención.

—Pues bien, don Enrique, cuídelo Dios, que estando en esas guisas, me llené de un amor súpito por no sé que sortilegio, a la vez que de un temor por doña Arminda: un temor nacido por ese amor, no sé... Pero, sospechando que había caído con meigas, que muchas las hay en Padrón y que en busca de hierbas andan por el bosque, no pude acoyuntarme, no fuera a quedarse empañada doña Arminda y parir un demoñejo, como es de dicho por toda la cristiandad...

El marqués soltó una risotada que hasta espantó a los moscos de las espitas del tonel.

—Ah, mi amado amigo, verdad es que sois tonto de capirote; aquestos son bulos que corren las comadres; no penséis que en toda mujer se esconde una bruja, según se cree por estos lares; maguer doy por cierto que a veces, como en mi caso, Dios pone en manos de mujer a un hombre para castigarlo, dicho así en las Santas Escrituras: Judith, XVI, 7, pues que leo la Santa Biblia maguer no se me cree. Pero si creéis en brujas, debéis temer, por las heridas de Jesucristo, a ciertas condesas e hidalgas, esas sí que

hacen mal de ojo, pero tampoco paren demoñejos. De las meigas o brujas se dicen hartas cosas pero no hacen perre-rías, a lo más enmiendan virgos o hacen santerías y burle-rías, y otro tanto hacen de mujeres comunes a hombres. Yo mismo me he tenido a alguna por barragana, y a fe que son hábiles en el negocio del querer. Pero, a ver, ¿corristeis de ahí, pardiez, como una doncella requebrada por un preste o un fraile bisojo como tales los hay?

Macías sonrió al término de las palabras del marqués, y se apresuró a decir:

—Oh, claro que no, mi señor, pues lo dejé para más luego. Pero eso os contaré después de dar cuenta del vinillo, no se nos vaya a avinagrar.